

Pedro Trigo, S.J.

Servidores

Si en vez de absolutizar los intereses y la ideología del propio grupo ponemos por delante la realidad global del país, comprenderemos que todos tenemos que mejorar sustantivamente y que nos necesitamos todos para sacarlo a flote. Sólo desde esta perspectiva estaremos dispuestos a reconocer nuestros errores e insuficiencias.



de la reconciliación

El que está en Cristo es una criatura nueva; lo viejo ya pasó y apareció lo nuevo. Todo viene de Dios, que nos reconcilió con él por medio de Cristo y nos confió el servicio de la reconciliación. Pues en Cristo, Dios reconciliaba al mundo consigo, no imputándole sus pecados y confiándonos la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios los exhortase por nosotros” (2Cor 5,17-20).

Dios nos pide hoy a cada uno de los cristianos venezolanos y al grupo de cristianos como tal que asumamos este servicio de reconciliación que él mismo nos encomienda. Somos embajadores de Dios ante nuestros conciudadanos y por nuestra boca él pide a cada uno de los que vivimos en Venezuela, a cada una de sus organizaciones e instituciones, y al país, que entremos en un proceso de reconciliación.

En este primer momento no se trata de pedir cuentas a nadie, no se trata de ver quién tiene la culpa de la situación tan calamitosa en que nos encontramos. La actitud más honda y definitoria, la que lleve la voz cantante, tiene que ser la voluntad de

reconciliarnos. La pregunta es en qué puedo contribuir a que se geste un proceso de reconciliación. Unos más y otros menos, todos tenemos agravios, motivos de queja, que creemos justificados. No podemos ni debemos negarlos. Pero hoy por hoy no pueden ser ellos los que determinen nuestra actitud ante los demás. Hoy tenemos que hacer espacio para preguntarnos con toda responsabilidad cómo puedo ser yo emisario de Dios para la reconciliación de los habitantes de este país.

En este artículo no queremos esgrimir otros motivos y por eso lo dirigimos a los cristianos. Es Dios el que nos pide este servicio como algo inaplazable, como algo ineludible, como su voluntad aquí y ahora. Nos lo pide como correspondencia a la acción suya de reconciliarnos con él por medio de su Hijo. No somos nosotros quienes nos hemos reconciliado con Dios. Ha sido Jesús de Nazaret quien nos ha reconciliado cuando éramos enemigos de Dios, cuando no teníamos fuerzas para hacer el bien. Quien reconoce que Jesús le reconcilió con Dios, no por sus méritos sino siendo él pecador, está en condiciones de comprender este servicio

de reconciliación nacional que el propio Jesús le pide. Si no escucho esta palabra suya y me aplico a responder, es que no acepto ser suyo, no soy cristiano.

La relación de Dios con nosotros y de nosotros con él no es atemporal, no consiste en el cumplimiento de unos preceptos y ceremonias al margen de la situación. Dios habla ante todo en las situaciones. Para responderle tengo que auscultar los signos de los tiempos. Pues bien, en la Venezuela de hoy, Dios nos está pidiendo claramente que no obremos como elementos de conjuntos, que no nos definamos por esas pertenencias, que nuestra lógica no sea la del partido y la de la clase social a los que pertenecemos, la del entorno que nos moldea. Está bien que participemos de diversos conjuntos. Pero ser cristiano es ser una criatura nueva, moldeada por Jesucristo, en la que las identidades no sean sectarias, en la que las diferencias no sean discriminadoras. Sólo desde este cultivo de las actitudes de Jesús de Nazaret en nosotros tiene sentido y es posible asumir el servicio que él nos pide de reconciliación nacional. En caso contrario, somos parte del problema, no de la solución.

Empezar por uno mismo

El primer paso, pues, para responder a este llamado es reconciliarse uno con sus enemigos. Si no emprendemos con todo empeño este proceso de no borrar a nadie de nuestro corazón o de volverlo a poner en él si lo hemos borrado, todo lo que hagamos será profesionalismo inoperante porque no nacerá de nuestro corazón. Si yo le digo a otros lo que no me quiero decir a mí, los demás notarán que digo consignas, una doctrina aprendida; nadie hará caso.

Esto se dice fácil, pero no se implementa con facilidad. Está tan diseminada y aceptada en nuestro ambiente la descalificación del adversario que, si uno no tiene completamente decidido considerar a todos y a cada uno como personas, como seres dignos, seres de respeto, caerá en el juego establecido de la irrisión y el escarnio.

Para que seamos capaces de emprender este proceso con los demás, tenemos que hacer posible que aflore en nosotros mismos la dimensión personal, nuestra propia dignidad, tenemos que respetarnos a nosotros mismos. No podemos vivir crispados, alterados, descontrolados. Si perdemos nuestra propia alma, si permitimos que los demonios de la malevolencia, del rencor, del reconcomio, de la violencia se adueñen de nuestro corazón, es que estamos negando el don de la paz que el Señor nos regala. Y al rechazar su don, lo rechazamos a él. No podemos entristecer y apagar al Espíritu. Tenemos que reconciliarnos nosotros mismos. Hay que fomentar la paz interior para ser capaces de hacer obra de paz.

En este ámbito de lo político, tan saturado de tensiones (y también en el social y el económico, tan fuertemente alterados) tenemos que distinguir adecuadamente entre las personas y las funciones que desempeñan, incluso entre las personas y sus acciones. La discusión debería girar normalmente sobre el desempeño público, tanto del gobierno como de la oposición. Y tenemos que reconocer que tanto el Presidente como sus adversarios se han pasado estos años descalificándose personalmente en vez de atenerse a sus respectivas actuaciones públicas. Analizar con la mayor

perspicacia las actuaciones, señalando los aciertos y los errores y proponiendo alternativas, incluso exigiéndolas por los canales que brinda la ley, es en todo caso un proceder constructivo: aun en el caso de que el adversario no quiera hacerse cargo, se ayuda a la ciudadanía a que se forme un juicio propio y a que tome posición responsable.

Aun en el caso de que haya que condenar acciones del adversario, habría que dejar el juicio global de la persona a Dios. Incluso si alguien nos parece humanamente detestable, nunca tenemos que omitir el pedir a Dios por él y querer sinceramente que cambie superadoramente. Aunque una persona haya perdido el respeto a los demás y en particular a mí, yo no puedo faltarle el respeto a ella, tanto porque toda persona es sagrada como porque, si le falta el respeto a ella, me estoy faltando el respeto a mí mismo. Esto significa que no puedo ridiculizar sistemáticamente a nadie ni escarnecerlo ni propalar lo que provoque esta actitud. Tengo que restringirme a emitir mi juicio sobre sus acciones concretas o sobre su gestión.

Exclusión absoluta del asesinato, la guerra y la violencia

El segundo punto es hacer todo lo humanamente posible porque se excluya el asesinato individual o cualquier tipo de guerra y de violencia como medio para lograr objetivos individuales o grupales. A la privación de la vida se asimilan las agresiones físicas o morales y la privación de libertad (salvo en el caso de hechos delictuosos con sentencia justa de tribunales).

Ninguna causa, por noble que sea, puede justificar la muerte de seres humanos. Desde luego que no la patria (que, a diferencia del país, que son sus habitantes, es un concepto que encierra de contrabando una ideología esgrimida por un grupo, frecuentemente para deslegitimar a otros), pero tampoco la empresa privada ni los intereses, aun legítimos, de ningún grupo. Nada hay absoluto, salvo las personas. Ni la religión, en cuanto instituciones y ritos, es sagrada. "El sábado (es decir, la religión) es para el ser humano, no el ser humano para el sábado" (Mc 2,27). Tampoco lo es

el mercado. "Todo es para ustedes: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro... Todo es suyo, ustedes de Cristo y Cristo de Dios" (1Cor 3,21-23).

Sentarse a negociar

El paso tercero es consecuencia de los dos anteriores. En efecto, si nuestra dirección vital no es ya la exclusión de los que no son de nuestros conjuntos, y sobre todo de los que en nuestros conjuntos son considerados enemigos, sino que hemos cambiado de dirección (eso significa conversión) y ahora estamos en el proceso de incluir; y si, por tanto hemos excluido la confrontación con el objetivo de destruir o neutralizar al enemigo, sólo nos queda el camino de sentarnos a negociar con los adversarios. Así pues, nuestro servicio a la reconciliación desemboca en la mesa de negociación. Si la mesa es de negociación, el objetivo no es prevalecer sobre los adversarios (la palabra como otra arma de la guerra) sino hacernos cargo de sus posturas para ver hasta qué punto es posible componerlas con las nuestras y, dando un paso más, superar tanto nuestras particularidades como las suyas en un horizonte más complejo en el que puedan ser asumidas parte de unas y otras; pero también en el que unos y otros tengan que renunciar a parte de sus intereses y demandas.

Sentarse a negociar presupone que los adversarios se reconozcan entre sí; es decir, que cada bloque reconozca que él no puede actuar sólo desde sí mismo comprometiendo a todo el país como si lo representara. Si existen los otros, ellos representan a una parte del país como nosotros a otra, y ningún bloque puede hablar en nombre de todo el país legítimamente. Por tanto, es legítimo que existan esos diversos grupos. Aunque en los análisis de un grupo la existencia del otro sea una aberración, esa presunta aberración es compartida por muchísimos conciudadanos, y, por tanto, si me he negado a matarlos física y moralmente, y no puedo menos de reconocer su existencia, tengo que respetarlos. La discusión puede girar sobre su desempeño; pero el presupuesto es que admito su existencia. Así pues, es legítimo que existan es-

tos partidos políticos (los del gobierno y los de la oposición), estos sindicatos y gremios, estos empresarios y sus organizaciones, las organizaciones de derechos humanos, las de vecinos, las ONGs, las universidades, los diversos organismos de la institución eclesiástica, la Asamblea Nacional y los otros organismos del Estado y por supuesto este Presidente.

Si no poco de lo que cada uno reprocha al otro es cierto (y así lo creemos fundadamente), la consecuencia obvia es que cada bloque tiene que mejorar sustancialmente. Estamos como estamos porque ninguno da la talla. Si sólo nos fijamos en la responsabilidad del otro y eludimos la nuestra, no hay solución para el país. Nuestra situación es tan grave que, sumados todos los venezolanos, a duras penas nos bastamos para hacerle frente superadoramente. Si gastamos nuestras energías escasas en destruirnos mutuamente, naufragamos como país.

Si en vez de absolutizar los intereses y la ideología del propio grupo ponemos por delante la realidad global del país, comprenderemos que todos tenemos que mejorar sustantivamente y que nos necesitamos todos para sacarlo a flote. Sólo desde esta perspectiva estaremos dispuestos a reconocer nuestros errores e insuficiencias. Y esto es precisamente lo que no ha sucedido: pareciera que el único objetivo de la oposición fuera sacar al Presidente y que el único objetivo del gobierno fuera mantenerse en el poder. En esta confrontación es la realidad venezolana la que ha quedado omitida. Y esa es la causa del furor destructivo de la confrontación. Sólo el sentido de realidad, el confrontarse con la situación del país, el dolor compartido por lo mal que vamos, por lo desatendido que está todo (tanto por el gobierno como por los demás sectores, empezando por el económico) puede enderezar la discusión encauzándola creadoramente.

Reconciliarse con los pobres luchando por superar la pobreza

Por eso el cuarto paso en este arduo proceso de reconciliación es hacerse cargo y encargarse concretamente de los intereses de las mayorías que no están organizadas. Cada bloque tie-

ne que reconocer que no los representa automáticamente, y sobre todo, que en la realidad no se ha encargado de ellos. Ni el gobierno ni la oposición desea sinceramente que el pueblo se organice desde sí mismo. El gobierno quiere encuadrar al pueblo en su proyecto y no respeta las organizaciones de base, y la mayoría de la oposición o tiene al pueblo fuera de su horizonte real o sólo sabe mantener con él relaciones clientelares. El gobierno, como antes los partidos populistas (en este punto nada ha cambiado), usa al pueblo como un capital para imponerse sobre los demás esgrimiendo que la mayoría está con él; por eso no está interesado en que crezca desde sí y para sí. No lo apoya sino que requiere su apoyo, y cada vez más paga por eso. La mayoría del otro bloque está resentido con el pueblo por su apoyo al proceso, y como no lo conoce se forja unas fantasías insensatas acerca de él confundiendo con las hordas del puente Llaguno y temiendo que caigan sobre sus urbanizaciones a sangre y fuego. Por eso el pueblo teme con razón que la alternativa será peor que la precariedad actual.

Por eso no hay reconciliación nacional que no pase por la reconciliación con el pueblo. Reconciliarse con él incluye no borrarlo del horizonte vital, incluye, más aún, tener contacto con él, contacto personalizador, nacido del respeto y tejido en la diferencia, no como fuente de privilegios y desventajas, sino de complementariedad. Esto supone trascender el propio paradigma, creer que hay humanidad más allá del occidente mundializado, aceptar con alegría que somos un país pluriétnico y multicultural y que tenemos que vivir esta realidad en un estado de derecho, cosa que hoy no sucede en Venezuela.

Así pues en la mesa de negociación tiene que aceptarse por unos y otros (de un modo real y no meramente retórico, como ha sucedido hasta ahora) que el principal problema del país es la pobreza, y que tiene que ser acometido por todos, no sólo por el gobierno, y que tiene que ser encarado directamente (pues es patente que el aumento aun sustancial del PIB no lo resuelve automáticamente), y que resolverlo exige sacrificios sustantivos de cada grupo. Este es el precio de la

reconciliación y la prueba de que la queremos realmente. Tenemos que reconocer que la figura actual en la que vivimos, el occidente mundializado, al menos en la dirección dominante hasta hoy, no sólo no ha reconocido el problema sino que lo ha agravado sustancialmente. Esto significa que si no nos desmarcamos de esta dirección no podemos reconciliarnos. Con esto no estamos afirmando de ningún modo que tengamos que salirnos de ella. Por el contrario, desde sus bienes civilizatorios (las posibilidades democratizadoras que brinda por ejemplo la computación) y desde sus mejores bienes culturales (la cultura de la democracia, de los derechos humanos y de la vida) podemos rectificar sus efectos negativos y estimular sus mejores posibilidades. A esto nos ayudará también el aporte de las otras culturas no occidentales y mestizas de nuestro país a través de sus portadores: los indígenas, los negros, los campesinos y los habitantes de los barrios.

Estos pasos son tan arduos que sólo la conciencia de que, si no los damos, perdemos nuestra humanidad y por tanto de que son absolutamente indispensables para constituirnos en humanos, puede llevarnos a entrar resueltamente por este camino. Desde la perspectiva cristiana, es el único modo de expresar la reconciliación con Dios que nos alcanzó la solidaridad de Jesucristo.

Pedro Trigo, S.J.

Teólogo. Miembro del Consejo de SIC

